

101



María Menéndez-Ponte

**¡QUIERO
UN HERMANITO!**

"¡Quiero un hermanito! Todos mis amigos tienen hermanos. Yo soy el único que no tiene ninguno. Y es un rollo." ¿Qué puede hacer Juan si sus padres no escuchan sus peticiones?

María Menéndez-Ponte (La Coruña) desarrolla su actividad profesional en el campo de la Educación y la Literatura. Ediciones SM ha publicado también sus libros **Un pato de blandiblu** y **La noche de reyes**.

PRIMEROS LECTORES

ISBN: 978-956-349-246-0



143138

¡Quiero un hermanito!

María Menéndez-Ponte

sm

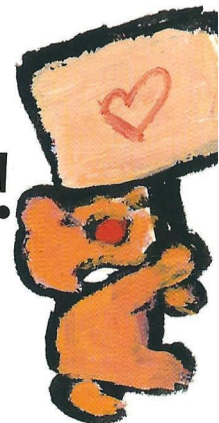
EL BARCO



DE VAPOR

María Menéndez-Ponte

**¡Quiero
un hermanito!**





¡Quiero un hermanito!
María Menéndez-Ponte

© del texto: María Menéndez-Ponte, 2003
© de las ilustraciones: Gusti, 2003
© de esta edición: Ediciones SM Chile S.A.
Coyancura 2283, oficina 203,
Providencia, Santiago de Chile.

Primera edición en Chile: enero de 2011
Quinta edición en Chile: julio de 2014

ATENCIÓN AL CLIENTE
Teléfono: 600 381 13 12
www.ediciones-sm.cl
chile@ediciones-sm.cl

ISBN: 978-956-349-246-0

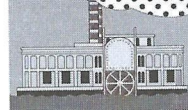
Impresión: Salesianos Impresores S.A.
General Gana 1486, Santiago.

Impreso en Chile/ *Printed in Chile*

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni su transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea digital, electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

143138

EL BARCO



DE VAPOR

¡Quiero un hermanito!

María Menéndez Ponte

Ilustraciones de Gusti



sm

*A mi hijo Antonio,
que me enseñó a ser madre.*

¡Quiero un hermanito!
¡Quiero un hermanito!
¡Quiero un hermanito!
Ya sé que estoy muy pesado,
pero es que quiero un hermanito.





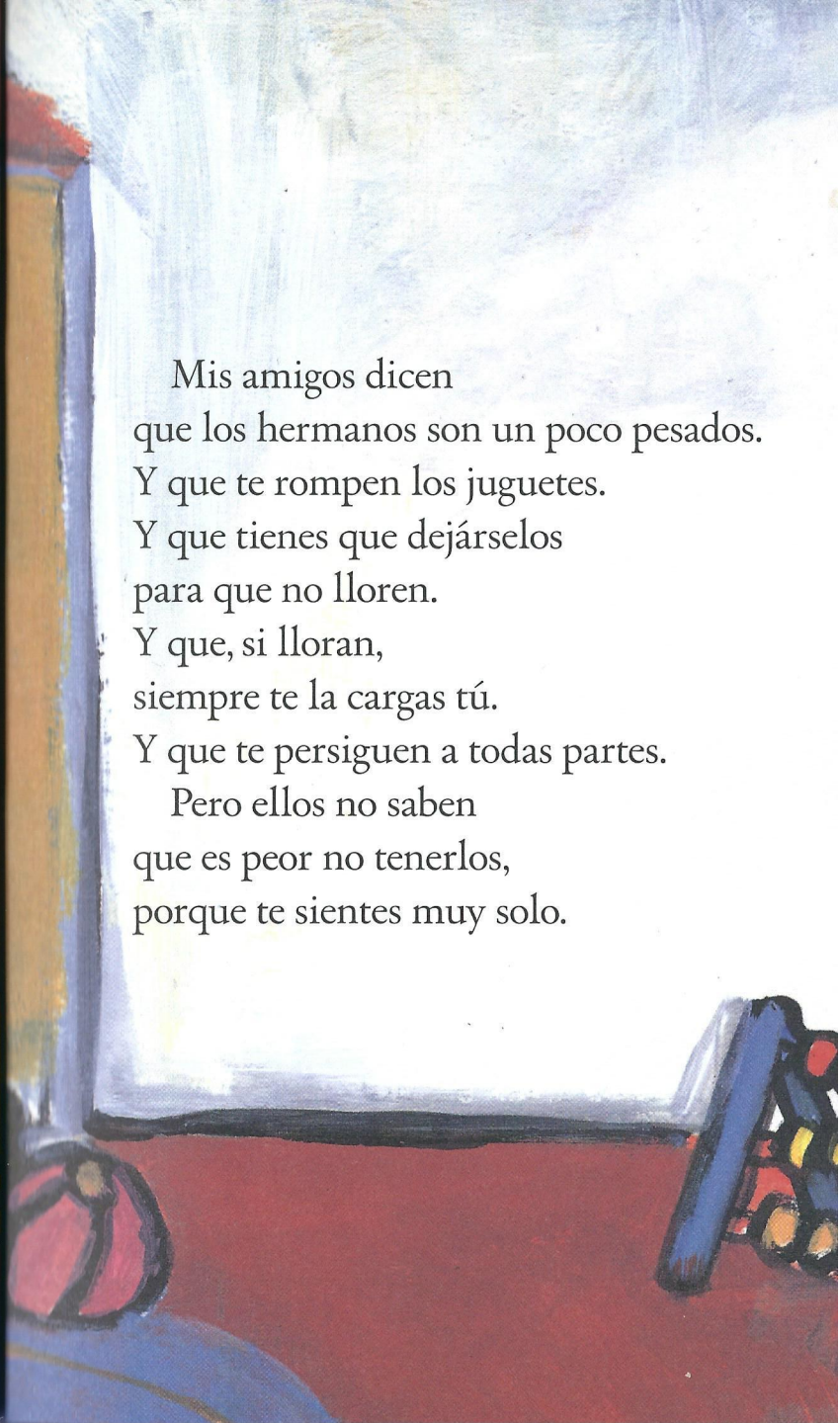
Todos mis amigos tienen hermanos.
Yo soy el único que no tiene ninguno.
Y es un rollo.
Cuando juego,
tengo que hacer a la vez
de portero y de delantero.
De vendedor y de comprador.



De vaquero y de indio.
De papá y de hijo.
¡Y ya estoy harto
de tener doble personalidad!



Mis amigos dicen
que los hermanos son un poco pesados.
Y que te rompen los juguetes.
Y que tienes que dejárselos
para que no lloren.
Y que, si lloran,
siempre te la cargas tú.
Y que te persiguen a todas partes.
Pero ellos no saben
que es peor no tenerlos,
porque te sientes muy solo.





He hecho una pancarta muy grande
en la que he escrito:

¡¡¡Kiero un ermanito!!!

Ha quedado muy bonita,
porque he puesto cada letra
de un color
y alrededor he dibujado
todas las cosas que sé dibujar:
estrellas, pájaros,
una pelota, una flor,
un pez y un dinosaurio.
Bueno, el dinosaurio me ha salido
un poco mal
porque no me cabía la cola
y he tenido que ponérsela hacia arriba.
Se parece más a un elefante
con su trompa.





Luego he cogido la pancarta
y me he paseado por toda la casa
gritando:

—¡QUIERO UN HERMANITO!
¡QUIERO UN HERMANITO!



Papá ha dicho:

—Muy bien, Juan,
uno debe reclamar sus derechos.

Mamá se ha sonreído
y ha dicho:

—¡Lo que a ti no se te ocurra!

Pero, al cabo de un rato,
los dos se han enfadado.

Papá ha gritado:

—¡Juan, para ya de dar vueltas!

Mamá ha gritado:

—¡Me estás poniendo la cabeza
como un bombo!

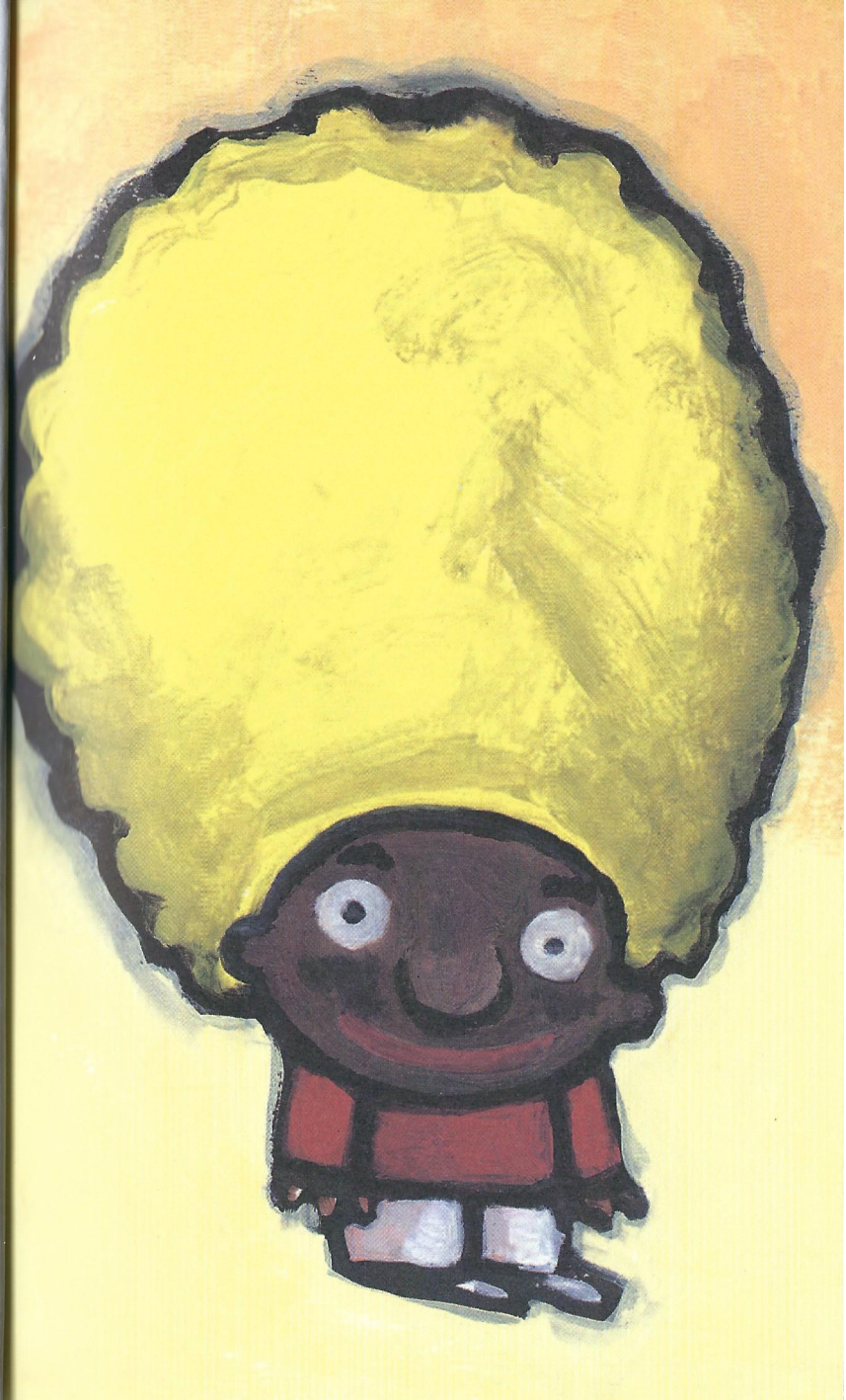
Yo he gritado:

—¡Son muy poco solidarios!

Y me he ido a mi cuarto, enfadado.

En vista de eso,
me inventé un hermanito
y va conmigo a todas partes.

Se llama Chimba,
igual que mi mejor amigo del cole,
que es negro como el rey Baltasar.

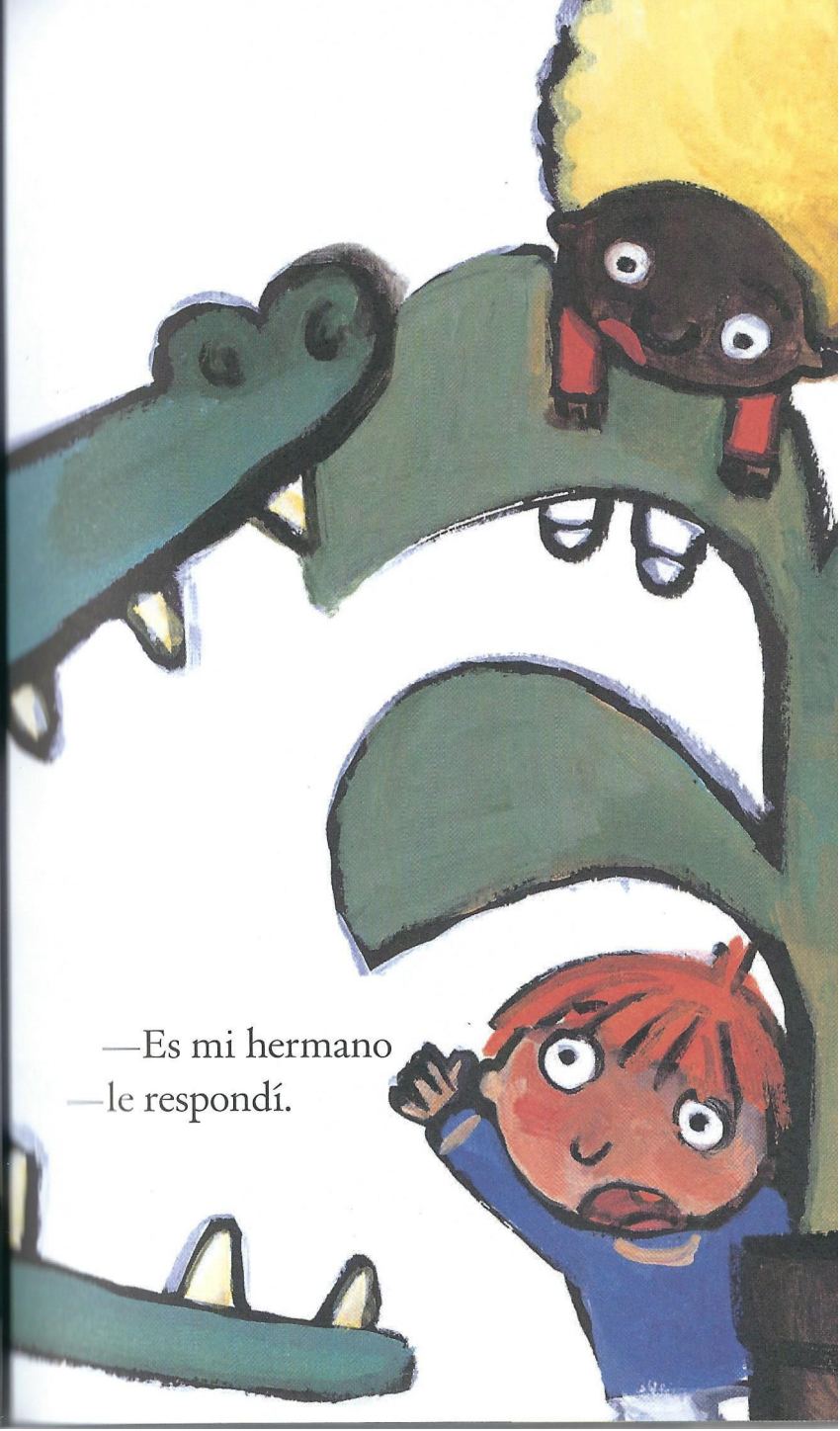
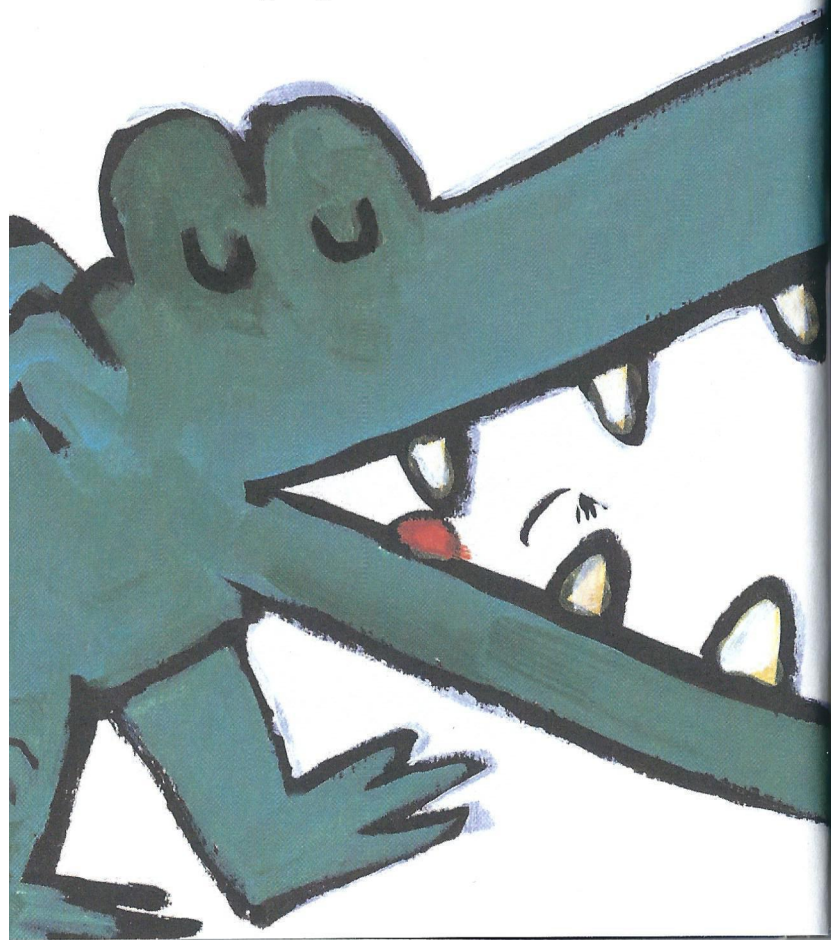


Mientras papá y mamá
ven las noticias en la tele,
yo juego con Chimba.

—¡Chimba, corre, súbete al árbol,
que viene un cocodrilo!

—¿Quién es Chimba?

—me ha preguntado mamá algo molesta.



—Es mi hermano
—le respondí.

Uno de los cocodrilos
ha aprovechado mi distracción
y ha saltado al árbol
para comerse las piernas de Chimba.
Entonces me lancé
por encima del sofá a rescatarlo.

—¡Vamos, Chimba, salta!
Ya estoy aquí.

Pero Chimba estaba aterrado
y no quería soltar la rama.

—¡Venga, Chimba, suéltate!
¡SUÉLTATEEE!



—¿Quieres no gritar tanto?

—dijo papá, enfadado—.

Así es imposible enterarse
de las noticias.

—¿Por qué no vas poniendo la mesa
para cenar?

—dijo mamá.

—Porque estoy esperando
a que salte Chimba.

Mamá me lanzó una mirada
que hasta hizo temblar
al cocodrilo.



—No puedo abandonarlo
—dije yo.
—¡Vamos, Juan,
no hagas que me enfade!
—¿Dónde está Chimba?
—preguntó papá.
—Ahí, en ese árbol
—respondí, señalándolo.
—¡Venga, Chimba, salta!
—ordenó papá,
dándole un empujoncito y,
volviéndose hacia mí,
me ha dicho—:
¿Lo ves?
Ya saltó.
Ahora vete a poner la mesa.





Chimba y yo
hemos puesto cuatro platos.
Y cuatro vasos.
Y cuatro tenedores
(los cuchillos los pone mamá
porque tiene miedo de que me corte).

Papá y mamá vinieron a cenar.

Papá preguntó:

—¿Por qué hay cuatro platos?

—Uno para ti,
otro para mamá,
otro para Chimba
y otro para mí.

—¡Venga, Juan,
ya está bien de bobadas!
Chimba no existe.

—Sí que existe.

—¿Entonces por qué no lo vemos?



—Porque es invisible.
Es mi hermano invisible.

Mamá me ha mirado
de una forma muy rara
y ha dicho:

—Bueno, no importa,
deja su plato si quieres.

Ayer me enteré
de que la vecina del segundo piso
tiene un bebé
dentro de la barriga,
así que he bajado a preguntarle
cómo le creció.
La del segundo piso fue muy amable.
Me dejó tocarle la barriga
para que viera
cómo daba pataditas su bebé





y me ha enseñado las fotografías
que le habían hecho.

—¡Mira qué gracioso!
Aquí se está chupando el dedo.

El bebé se parece a un extraterrestre
de una serie de dibujos animados,
pero no se lo dije
por si se enfadaba.



—¿Y cómo te ha crecido el bebé
en la barriga?

—le pregunté.

—Porque Esteban
puso su semilla dentro.

¡Genial! Ahora ya sabía el secreto.
Su marido le había plantado una semilla
y yo podía hacer lo mismo con mamá.

Corriendo,
subí a mi casa
y llamé a Abu por teléfono.
A él le encanta la jardinería
y siempre está plantando semillas
en el jardín.

Abu se puso contentísimo
y vino a buscarme
para llevarme a la floristería
donde él compra siempre las semillas.



La floristería es la tienda
más bonita del barrio
y huele muy bien.
La florista se llama Lola.
Es pelirroja.
Y tiene un lunar cerca de la boca.
Un día le pregunté
por qué tenía una lenteja
en la cara,
y es que yo no sabía
que eso era un lunar.
Pero, en vez de enfadarse,
me regaló una margarita
y me dejó regar las plantas
con el espray.



—A ver, Juan,
¿qué te gustaría plantar?
—me preguntó Abu.

Yo no me atreví a decirle
que un hermanito,
por si acaso.

Entonces

Lola me enseñó unas semillas
y me preguntó:

—¿Te gusta la begonia?

Yo prefería un niño que una niña,
así que le he dicho que no.





Entonces Abu dijo:

—Anda, Lola,
enséñale las mimosas,
que huelen muy bien.

Pero lo último que quería yo
era una hermanita mimosa
y caprichosa,
aunque oliera bien.

Así que dije
que tampoco me gustaban las mimosas.

—¿Te gustan las rosas?
¿Y las violetas? ¿Y las lilas?

Yo contestaba a todo que no.





Como la vi un poco desanimada,
dije bajito:

—Es que...
todos esos nombres son de chica.
El abuelo y Lola lloraron de risa.
Yo no entendí por qué.

—¿Y un heliotropo?
—me preguntó ella.
—¿Un qué?
—Ya veo que tampoco te convence.
¡Cómo me iba a convencer
si ni siquiera era capaz
de repetir el nombre!

—¿Y qué te parece el narciso?
Me pareció un nombre feísimo,
la verdad,

pero al menos era de chico
y más fácil de decir
que el heli no sé cuánto ese.
A lo mejor,
luego se lo podíamos cambiar,
al bautizarlo.



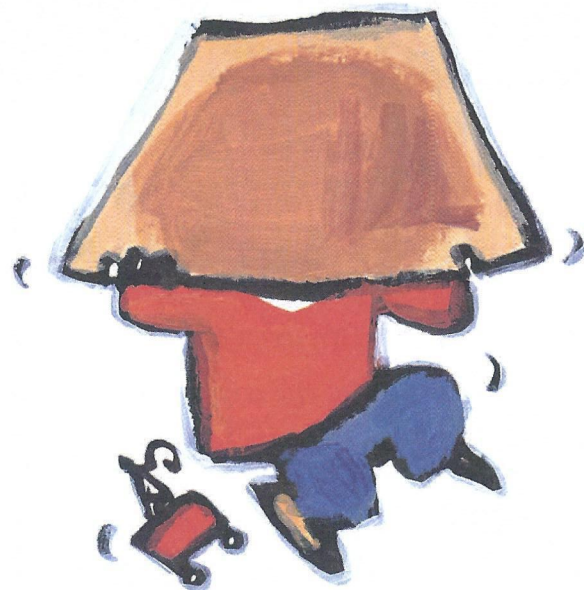
Abu me compró también
una maceta con tierra
para plantar las semillas.
Yo no le he dicho
dónde pensaba plantarlas,
por si acaso.
Y eso era lo más difícil:
plantar las semillas
en la barriga de mamá
sin que ella se enterara.





Pero, después de comer,
mamá tomó su manta
y se tumbó en el sofá
mientras veía la tele.
Era el momento perfecto.

Por fin cerró los ojos.
Yo me acerqué
con la bolsa de las semillas
escondida tras la espalda.



El corazón me iba tan rápido
como el tren de pilas
cuando funcionaba bien.



Sin respirar,
le levanté la blusa
con muchísimo cuidado.
Ahora mi corazón sonaba
como los redobles de mi tambor
cuando lo aporreo
con todas mis fuerzas.

Yo tenía miedo de que
ella se despertara
con semejante ruido.
Pero, al ver que seguía dormida,
le he puesto las semillas
dentro del ombligo.



Mamá movió el brazo.
¿Y si justo ahora se daba la vuelta?
Se le caerían las semillas.

Me quedé tan quieto
como una estatua,
pero, al ver que no se movía,
fui a la terraza
a coger la regadera.
Luego he contado hasta tres
y he volcado la regadera
sobre el ombligo. ¡Chof!





Mamá dio un salto mortal
y empezó a regañarme:
—¿Cómo se te ha ocurrido
semejante cosa, Juan?
Podría haberme dado un infarto.

Últimamente te estás portando fatal,
no sé qué te pasa.

Yo me puse a llorar.



Lloraba tanto
que no podía explicarle
por qué lo había hecho.

Por fin nos calmamos los dos
y pude contárselo todo.
Entonces mamá me abrazó
y me explicó
que para que crezca un hermanito
no sirven las semillas de plantas.
Por lo visto es una semilla especial
que tiene papá
y que se la planta a mamá dentro
con mucho amor;
no necesita agua.





Así que plantamos
las semillas del narciso
en la maceta que me compró Abu,
para que vea que me intereso
por la jardinería.

Por fin salió una plantita.
La cuido tanto
que ya me olvidé
de mi hermano invisible.
Ahora hablo con el narciso,
porque Abu dice
que a las plantas hay que hablarles
y ponerles música.

Pero la víspera de mi cumpleaños
mamá me coge en brazos
y me dice:

—Juan,
tengo una gran sorpresa para ti.
¿Será un tren eléctrico?
(el otro ya se me ha roto del todo).
—¿Qué sorpresa? —pregunto.
—Vas a tener un hermanito.





Me pongo tan contento
que empiezo a saltar
y gritar a la vez.
Cuando me tranquilizo un poco,
le digo a mamá:

—Gracias, mami.

Ahora, además de cuidar al narciso,
cuidaré de tu barriguita.

